

LAS PROFESIONES

Conferencia leída por la doctora Antonia Sáez, catedrática de pedagogía de la Universidad de Puerto Rico, ante la matrícula del Colegio Universitario del Sagrado Corazón, el 13 de noviembre de 1957.

CONSIDERO un alto privilegio estar entre ustedes esta mañana. Agradezco profundamente a la Madre Arzuaga el honor que me ha dispensado al ofrecerme esta oportunidad.

Fervorosamente he rogado al Espíritu Santo para que ilumine mi entendimiento y ponga eficacia en mi humilde palabra, para que pueda cumplir la encomienda sin defraudarles; para que pueda inspirar a las educandas en la búsqueda de su verdadera vocación, que como llama viva de amor, alumbre el camino que las lleve a elegir aquella profesión que al par que les permita el desarrollo cabal de sus potencialidades contribuya en su laboreo, al desarrollo de un mundo mejor.

¿Qué es una profesión?

Creo necesario hacer breves consideraciones acerca de lo que entiendo por una profesión.

Una profesión es un servicio social con una función específica que demanda dominio de aquellas técnicas intelectuales que permiten el desarrollo de dicha función. Es decir, un saber que facilita las posibilidades de definir los problemas de la especialidad, de buscar información pertinente y de formular posibles soluciones.

Una profesión exige, por tanto, un largo período de entrenamiento especializado, de índole intelectual principalmente. Demanda amplia autonomía para el individuo que la practica y para el grupo al que pertenece, es decir, libertad para ejercer las habilidades personales y para juzgar a la vez la autoridad del grupo, para determinar las normas de conducta y las exigencias a que obliga la profesión. Esto conlleva responsabilidad individual para aceptar juicios y actos realizados dentro del marco de la autonomía profesional; así como mayor interés en el servicio rendido que en el logro económico o social que produzca.

Por todo ello una profesión necesita una organización que garantice deberes y derechos profesionales y un código de ética cuyas normas orienten la conducta.

Hay, desgraciadamente, quienes ignoran u olvidan la función esencial de servicio social implícita en todas las profesiones y ven en ellas únicamente los beneficios personales que de ella se derivan —subir en la escala económicosocial— ignorando el sentido de responsabilidad que las caracteriza. Es obligación de los verdaderos profesionales arrojar a estos mercaderes del Templo.

Una vocación decidida que dé conciencia de la responsabilidad moral inherente a toda profesión, puede en buena medida salvarnos del mercantilismo en las profesiones. Una educación general previa, es también esencialísima.

La educación general

Antes de preparar profesionales hay que educar hombres y mujeres para la vida. Antes de ofrecer una preparación esencialmente especializada hay que dotar al individuo de aquellos saberes que le capaciten para enfrentarse con la vida en toda su complejidad y profundidad, ya que las particulares obligaciones de un especial quehacer no relevan al ser humano de las obligaciones que el vivir impone, ni de encarar los problemas que presenta la existencia.

Una sólida educación general es la base en la que debe asentarse toda profesión, cualquiera que ésta sea.

Sería de lamentar que para atender a las urgentes necesidades técnicas del momento que vivimos se limitase la preparación general de los futuros profesionales; porque el profesional que sólo sabe de las puras especialidades de su labor, carece de las perspectivas indispensables para la justa valorización de su quehacer, de las relaciones de éste con otros quehaceres y, lo que es más grave, de la capacidad de prever las consecuencias de su labor. La ciencia y el arte podrán ser amoraes, pero no deberá serlo nunca el hombre que los cultiva.

Hoy más que nunca siento con mayor vigencia las palabras del célebre sociólogo alemán, que poco más o menos contienen lo siguiente: "si el hombre hubiese crecido moralmente en la medida en que ha crecido intelectualmente, jamás emplearía los logros de su inteligencia para aniquilar al hombre". Estas palabras las siento como un reto lanzado a todos los vientos.

De lo dicho anteriormente podrá deducirse que entiendo por *educación general* la aspiración de dotar al individuo de una visión global del hombre como criatura humana, a través de la amplia perspectiva que ofrecen los estudios humanísticos — religión, filosofía, historia, artes y letras, sociología, etc.; y junto a ella la del mundo en que el hombre vive mediante el estudio de las ciencias naturales y de las matemáticas, de manera que antes de limitar sus estudios a las exigencias de una

profesión, haya desarrollado conceptos de relaciones y dependencias entre el mundo del espíritu y el de la materia y haya desarrollado criterios valorativos que fortalezcan la conciencia moral de las responsabilidades humanas para que ésta rijá su hacer profesional. Hombre y mundo en íntima relación.

Este equilibrio en la formación cultural del hombre y de la mujer dará conciencia de la complejidad de las cosas, del sentido de relación; facilitará el descubrimiento de verdaderas vocaciones y determinará la formación de profesionales que salve las limitaciones de la especialización. Porque es innegable que un conocimiento humanístico responsabiliza al hombre no sólo en la búsqueda de la verdad, sino en la aplicación de los logros de su búsqueda.

Afortunadamente ustedes, alumnas de este colegio, antes de iniciarse en los estudios profesionales, reciben una bien cimentada preparación humanística. Están por eso mejor armadas para escoger el campo de especialización para el cual estén mejor dotadas.

La mujer y las profesiones

La complejidad de la vida moderna ha impuesto a la mujer nuevas obligaciones. Ya no se prepara sólo para ser dueña y señora en la casa, sino que a esta sagrada e ineludible misión se ha añadido la de ser colaboradora eficaz del hombre en las duras bregas del mundo de afuera. Muchos son ya los nombres de mujeres que ilustran las diversas profesiones, tanto en las artes como en las ciencias.

Además, ya nadie considera esta participación activa de la mujer como un acto de emancipación, sino como una nueva responsabilidad que se añade a la misión a ella encomendada. Son muchas las mujeres que sin descuidar los deberes inherentes a su sexo, colaboran con el hombre, sin rivalidades, sin celos, sin menoscabo de su auténtica feminidad, en las diversas profesiones.

Ya no hay profesión vedada a la mujer. No hay profesión que no pueda ejercer con la dignidad y decoro propios de su sexo y con la eficacia del varón. Hasta podría decirse que la participación de la mujer en las diversas profesiones ha puesto en éstas nuevas notas de gracia y de espiritualidad, sin que por por ello se amengüe su eficiencia.

Sin embargo, hay entre las profesiones algunas que, a mi juicio, se avienen mejor con la naturaleza femenina. Para mí la medicina y la enseñanza son por esencia las más adecuadas, por ser ambas fundamentalmente profesiones de amor, de fe, de esperanza y de caridad.

Cuarenta y nueve años de dedicación completa a la enseñanza me autorizan a decir que nada acerca al ser humano más a su Creador que intentar enseñar.

Intentar enseñar es por esencia un acto de humildad, es disponerse a aprender no sólo de los libros, sino de los alumnos, ya sean niños, adolescentes o adultos. Una pregunta, un comentario, una interpretación, las más de las veces revela al maestro mundos de posibilidades. Cabría decir que en la mayoría de los casos, más aprende el maestro del alumno que éste de aquél. La avidez de saber, la auténtica curiosidad, especialmente de los niños, mantienen al maestro siempre en forma. Por eso me atrevería a sugerir que quien haga de la enseñanza su profesión comience por enseñar niños. La escuela primaria, es decir, la escuela para niños, ofrece la mejor orientación y las más amplias perspectivas, ya que no limita la enseñanza a una particular disciplina, sino que exige conocimientos generales que obligan al maestro a establecer relaciones entre los diversos campos del saber y a verlos en su dependencia e integración.

Están grandemente equivocados los que piensan que el mereo dominio de las técnicas de la enseñanza hacen al maestro. Limitar la preparación del maestro a puras técnicas es vaciarla de su auténtico sentido. La profesión de la enseñanza es en realidad la que exige más amplia preparación general. Es ella la

profesión más abarcadora; en ella caben múltiples especialidades.

El maestro, cualquiera que sea su especialidad, necesita segura y firme orientación filosófica. En este saber se asienta el sentido de libertad que es la condición primaria de la enseñanza.

Asimismo necesita dominio del lenguaje que emplee como instrumento de enseñanza, ya que el lenguaje, el pensamiento y el sentimiento se desarrollan conjuntamente. Eficacia en el empleo de la palabra es indispensable para la claridad de las ideas, para la exteriorización de lo que se es, ya que el lenguaje es la segunda naturaleza del hombre.

También ha de ser fundamento de la preparación del maestro una visión histórica de lo que el hombre ha hecho, ha pensado, ha logrado o no ha logrado, para que en este amplio devenir sitúe su época y pueda tener conciencia clara del *porqué se es cómo se es*. La falta de este conocimiento histórico hace superficial la preparación del maestro. La historia en este sentido incluye antropología, sociología, etc.

Así como la historia da la visión del ser del hombre, una visión general de las ciencias naturales da conocimiento de los descubrimientos y de los cambios que en el mundo físico ha realizado el hombre y revela no sólo su poder, sino también sus limitaciones.

En resumen, cabría decir que la preparación del maestro abarca: primero, educación general, amplio panorama de la cultura; segundo, materias de la enseñanza, es decir, los aspectos de la cultura adecuados a cada uno de los niveles de la enseñanza, primario o elemental, secundario y colegial; tercero, disciplinas profesionales propiamente dichas.

Dada esta complejidad en la preparación de maestros, escuelas avanzadas de pedagogía exigen preparación colegial completa y un año o más de estudios profesionales al aspirante a maestro.

Para la persona que desea servir, el magisterio ofrece campo amplísimo. En él caben todas las disciplinas. Necesitado está el mundo todo de verdaderos maestros, de maestros de vocación que pongan sobre las ventajas personales el bienestar de la sociedad.

Vivimos un momento difícil. El mundo está desorbitado. Cabe esperar que este pugilato de dominio, esta fiebre técnica haga crisis y aunque el hombre en su afán de poder no se contente con explorar la tierra, sino que pretenda también invadir otros mundos, fatigado y maltrecho y quizás, convencido de sus limitaciones se contente con emplear los logros alcanzados para mejorar la humanidad, para librarse del miedo y de la desconfianza que campean hoy sobre la tierra. Mucho de esto podrían lograr los maestros.

Hasta tanto llegue ese momento, que Dios mediante llegará, la mujer con fina intuición puede ir preparando el camino, afinando la sensibilidad mediante el disfrute de los logros artísticos; elevando la mirada en contemplación amorosa de tanta belleza como el Creador nos ha puesto delante y casi no miramos; acortando el paso para con constancia, pero sin prisa siempre y espere la cosecha.

Y aunque la mujer no ejerza profesión alguna y sólo sea compañera fiel de su marido, madre abnegada, hija amorosa o hermana comprensiva, la educación que haya adquirido será llave maestra que abra todas las puertas, que proporcione gozos imperecederos y que la fortalezca para encarar los problemas, los dolores y las dificultades que pueda presentar la existencia.

Toda mujer lleva dentro del corazón ternuras de madre y comprensión de maestra, aunque no haya tenido hijos de su carne ni haya ejercido nunca la profesión. Como madre y como maestra está predestinada para sembrar el amor y la seguridad en esta vida y preparar el camino para la eterna. Quiera Dios que nuestras mujeres se apresten a cumplir tan alta misión. Así sea.